

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Ahora resulta que la línea férrea donde ha ocurrido una catástrofe—que parece referida por San Juan en Patmos, entre las visiones de terror de la Apocalipsis,—estaba construida, como si dijéramos, con *papier mâché*, de estraza legítima, y si se quiere evitar que escenas tan espeluznadoras se reproduzcan con demasiada frecuencia, acabando con la aperreada casta de los viajeros, urge cambiar el trazado completamente.

Lo que les decían los buenos viejos de la comarca, con su experiencia y sentido común aldeano, á los flamantes ingenieros franceses, belgas, ó de donde fuese, que eso no hace al caso del descarrile con añidura y remate de incendio y asfixia por inmersión:

—Que vais mal por ay, moño... Que estáis trebajando sobre agua y no sobre tierra. ¡Que este es el ferrocarril del agua, ridiós!, y en diciendo que ícen que llueve, se va á blandar, y en hinchándosele al río los morros, se vos gúerve la línea lo mesmo que una bizcochá metía en el pilón de la juente!

Naturalmente, no se hizo caso de estos Nestores, y allá fué el trazado por donde dictaminó la ciencia. (Parodiemos á Madame Roland y exclamemos: ¡Oh ciencia, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!) Y la línea férrea, que debiera ser para aquellas importantes comarcas, trabajadoras, antes segregadas al parecer del resto del mundo, esperanza y realidad de progreso, convirtió en terror de los que por su mal se ven precisados á recurrir á ella; y todavía á estas alturas, cuando hasta en la Indo-China han desterrado los rieles á las carreteras, la carretera de Calatayud hace ventajosa competencia al ferrocarril Central de Aragón.

Sin duda el trazado fué obra de extranjeros, y se creará que este hecho nos exime de toda culpa. ¡Lo hizo quien lo entiende! Digamos en este caso y en otros muchos:

Todos muy buenos en Francia...
mas no los quiero en Castilla.

En efecto, los extranjeros aquí no proceden con la circunspección y el saludable temor á la opinión y á las responsabilidades que en su tierra natal, donde el sentido público existe y es fuerza con la cual debe contarse.

No profeso yo, créase ó no se crea, el fetichismo de los extranjeros. Es una necesidad servirse de ellos, ya lo sé, en la gran industria, en infinidad de aplicaciones de adelantos é inventos cuyo manejo aquí se desconoce; y no constituya la menor de nuestras desgracias esta necesidad, porque no procedemos como los japoneses, cuyo sistema es llamar al obrero ó al instructor de fuera, enterarse y despedirle. Y en nuestro rezago los extranjeros ven materia explotable, y por lo mismo que tienen el hábito sano de la concurrencia vital, explotan. Construyen tranquilamente puentes que tienen menos luz que la anchura del río; les dan cimientos de arena, á flor de tierra, y se echan acaso esta cuenta fatalista: «Se estrellarán unos cuantos españoles quizás... ¡Bah! Si había de cogerles un tranvía ó despachurralles un automóvil...»

A pesar de todo el vocerío de las Gacetas, será una sorpresa tan grata como despampanante el que se acuerde la variación y rectificación racional de ese trazado mortífero. No estamos hechos á ver corregir y enmendar desaciertos, siquiera vaya en ellos la existencia de la gente y la prosperidad de la región.

Y á propósito de extranjeros; estos días menudean los incautos venidos de lueñas tierras al olor y al cebo de un timo.

Los timadores españoles pueden poner cátedra; no

les faltarán clientes en los dominios del Kaiser, en el país de los excelsos pensadores.

Cuando Madame de Stael descubrió y ensalzó los méritos psicológicos de Alemania, en primer término encareció el candor, la inocencia santa de aquella gente, idealista y soñadora.

No sé si será ensoñación, pero de fijo es soñar desperto lo que hicieron las dos parejas de excelentes alemanes que, con horas de diferencia, desembarcaron en la estación de Madrid, dispuestos, los dos últimos que llegaron, á arriar la no despreciable suma de 75.000 francos (ya saben que el cambio está al 39 por 100) á cambio de una maleta que encerraba esos tesoros incalculables, que no tienen más defecto sino volverse carbones cuando se abre el recipiente mágico, señuelo de bobos internacionales...

Fortuna tuvieron estos hijos de la rubia Germania, que se traían en la cartera una cantidad de marcos suficiente para encuadrar las fotografías de todos los papanatas que en el mundo han sido—y cuidado que han sido...

Fortuna, porque en la estación les recibió, en vez del interesante industrial que les había citado en corto, para banderillearles y estoquearles, un pródigo inspector de policía, que les preguntaría en qué árbol tenían el nido, y les encargaría cuidado para no volver á caerse.

Y uno de los candorosos compatriotas de Bismarck, por señas tratante en ganado (el ganado que aquí padece no debe de haberlo vendido ni comprado nunca), confesó «ingenuamente, pero con gran energía»—dice un diario,—que si llega á realizarse el timo, se corta la cabeza.

¡Para lo que le sirve!

Hace algunos días hablé en *El Imparcial* de lo que me agradaría ver establecido en Madrid—y en otras ciudades españolas, por supuesto—lo que llamé «casa de aseo»; un sitio donde gratuitamente se bañase, afeitase, pelase, friccionase y hasta perfumase con su chorrillo de colonia á los pobres que, no teniendo para comer, menos tendrían para jabón. Y acabo de leer un artículo publicado en *España*, firmado por el Sr. Auriol, acerca de los baños populares establecidos en varias poblaciones de Inglaterra, Alemania y Francia, donde las clases menesterosas, y particularmente los obreros, pueden limpiarse y bañarse por una cantidad que oscila entre 10 y 15 céntimos de peseta.

No digo que sea malo; convendría la instalación de esas termas en Madrid, en que un baño público cuesta lo menos seis reales, á pesar del magnífico caudal de agua del Lozoya; pero insisto en que la sociedad está demasiado interesada en propagar hábitos de aseo, en purificar sus capas inferiores, impregnadas de putridéz, para que deba cobrar nada, ni un céntimo, por los baños populares.

Sostengo que, al contrario, si fuese humanamente posible, debieran otorgarse, al principio, premios y alicientes para atraer á la humilde y sucia clientela; por ejemplo, la rifa de algunos décimos de lotería, ó de objetos útiles, como medias baratas, mantones, algo que, engañando caritativamente á los haraposos, les decidiese á soltar la mugre, victoria no tan fácil como parecerá á primera vista. Hablábame en cierta ocasión del estado no muy satisfactorio de nuestra pedagogía con relación á la de otras naciones, y decía un ilustre médico: «¿Qué quieren ustedes que suceda? Aquí discutimos aún si debe pagarse á los maestros, y por ahí se piensa ya en pagar á los discípulos.» Era verdad: en los Estados Unidos se ventilaba el problema de que, si los hijos de los obreros pierden años de labor retribuida por completar su instrucción, la sociedad, interesada en que todos se instruyan, debe abonarles esos años de trabajo perdido. Cosa análoga diría yo de la limpieza. Fray Luis de Granada incluye, entre las causas de impensada muerte, «el vaho de un enfermo.» Los adelantos de la medicina nos enseñan que tan peligroso como el vaho de un enfermo es el de un individuo procedente de un foco de suciedad. Aconseja, pues, el propio egoísmo á las clases acomodadas que fomenten instituciones de limpieza, pero gratuitas, si no con premio, según queda dicho. Yo estimaría tan obligatoria la creación de baños populares como la de Hospitales y Asilos, y la creo más barata y sencilla. ¿Que en el extranjero este servicio se cobra poco, pero se cobra? No hagamos caso. No me cansaré de repetir que el ideal no es imitar, es adelantarse. ¿Pedir dinero por el baño, al cual los miserables tanto miedo sienten? Harto será que sin desconfianza concurren á limpiarse, á que les desinfecten la ropa.

Se han declarado en huelga los poceros.

Aquí tienen ustedes á unos huelguistas á quienes no se les puede regatear el aumento del salario.

Es de tal naturaleza su oficio, que difícilmente conjeturo cuánto valdría una jornada de pocero si la huelga se hiciese crónica.

A tal extremo, que la tarea de esos desventurados ha puesto en verdadero aprieto á los teóricos del colectivismo, que construyen según su fantasía una sociedad nueva, de justicia, luz y paz, donde todo el mundo trabaja en todos los oficios de buen grado, reconociendo que el trabajo es deber y satisfacción juntamente. Cubiertas de seguro las necesidades, ¿quién se prestará á ser pocero?.. No lo saben explicar los teóricos... Sí, esos huelguistas piden en justicia. Y si lo dudáis, tened el valor de verles trabajar una vez sola...

Los dioses se van, las leyendas mueren, los edificios se derrumban, los objetos de arte pierden la pátina, todo desaparece al curso devastador del tiempo.

En el Congreso feminista de Berlín, ¿saben ustedes quién arrebató al auditorio? Una señora turca, y además de turca, parienta del Gran Turco; una princesa de la familia del Sultán. Y esta dama, sin pizca de respeto á la ley de Mahoma ni á las venerandas tradiciones, tronó contra la esclavitud femenina en su país, y maldijo de la compra-venta de mujeres en el Asia Menor, solicitando que la influencia occidental ponga fin á ese estado de cosas.

Lo que no nos dice la prensa, transmisora de esta noticia capaz de estremecer á la Puerta Otomana sobre sus seculares goznes, es si la princesa se queda en Berlín ó regresa á Constantinopla, y si al regreso su primo y emperador la regala un collar de perlas ó la envía, con los mudos del serrallo, el característico cordón de seda que fué instrumento de las justicias de los Amurates y Selines.

Porque con esa manera de ver, la princesa será un garbanzo negro en la olla turca, en la cual todavía sufren coadura los cristianos armenios, coadura de suplicios y de esterminio si las naciones no intervienen, que no intervendrán.

En Vigo deben de haber abordado, disfrazados de vigilantes de consumos, unos cuantos esguizos del Sultán rojo.

Un carretero casi ciego pasaba por el fieltro, llevando el carro vacío. Detención, cuestionario, registro, y el hombre, creyéndose libre ya, rompe á andar, deseoso de llegar á su posada.

El desacato indigna á un respetable esguizaro, digo, consumero, y como no tenía á mano el yatagán, tira de navaja y se entrega al deporte de la mechadura.

Algunos armenio-vigueses que presenciaron el lance, lo comentaron con proyección de piedras, pero otro turco acudió en ayuda del primero, argumentando con el revólver. Y casi se arma un motín.

Pero ¿qué sería de nuestra hacienda municipal si los consumidores no tuviesen derecho de vida y muerte, y hasta otros derechos que el decoro veda especificar, sobre los armenios y armenias que cruzan las puertas de las ciudades?

Prudente y avisado, Bombita—Emilio Torres—ha dado un adiós á sus glorias y fatigas, antes que un toro le obligase á dárlo á eso que Homero, optimista á ratos, llama «la dulce vida.»

Diez años de retozos delante de un par de astas formidables—lo son, aunque desde el tendido parecieran chicas, si se ven tan de cerca como las tuvo que ver el joven diestro—bastan para cogerle asco al oficio.

Bombita hasta se nos reviste de aureola filosófica, de prestigios de sabiduría, cuando aprendemos que ha conseguido el áurea mediocridad y que no aspira á la riqueza, contentándose con el goce, recomendado por Arturo Schopenhauer, de decir al despertarse: «El día es mío.»

Bombita acaso no haya leído «El mundo como voluntad y representación;» tanto más, cuanto que lo mismo les sucede á bastantes «intelectuales;» lo que pasa es que estas grandes enseñanzas de los honrados pensadores, á veces, por la misericordia celeste, las adivinan los sencillos concurrentes al matadero y á la dehesa boyal.

La súplica de los cristianos de antaño, la bella súplica tan olvidada «danos, Señor, una buena muerte;» sigue siendo el ideal del torero, más expuesto que nadie á morir, si no precisamente fuera de su cama, por lo menos de artificial enfermedad.

Bombita es discreto, toma el mundo como debe tomarse, y de hoy más fumará, al sol en invierno, en verano á la sombra, recordando peligros, cogidas, la grito del público, y mirando apaciblemente cómo se difuma la espiral de humo, emblema de nuestros afanes...

EMILIA PARDO BAZÁN.